

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 4 de Noviembre de 1897

Núm. 363

F. DONDETI



Tipos judíos

Memorias de un profesor ⁽¹⁾

Ayer, al salir de mi cátedra, me encontré con Linares, que se disponía á entrar en la suya.

— Supongo que estará usted enterado de la gran noticia — me dijo sonriendo con su expresión habitual irónica y maligna.

— ¿Qué gran noticia?

— Pues, hombre, la del gran concierto de Requejo.

— ¡El concierto de Requejo! — repetí asombrado — no sé que quiere usted decir...

— Pues, señor, no parece sino que vive usted en Babia... Verdad es que vivir en Malaguarda viene á ser lo mismo... Pero, en fin, créiale ya enterado.

— Ignoro absolutamente de qué se trata.

— Ahí tiene usted lo que es vivir como un oso... apartado completamente de la buena sociedad.

— ¡Qué quiere usted! — exclamé riendo — entre vivir como un oso, conforme dice usted, ó frecuentar esa... buena sociedad, prefiero encerrarme en mi casa y no saber nada de las miserias y murmuraciones que forman el pasto habitual de la vida pública de esta dichosa población.

— ¡Bah!... las pequeñeces humanas ofrecen también su atractivo para el curioso observador; y á falta de mejores distracciones conviene contentarse con las que uno encuentra á mano. Pero, vamos al grano: ¿no le ha dicho á usted nada Requejo?

— Hace ocho días que no le he visto.

— Ya lo verá usted hoy ó mañana probablemente, á menos que se contente con enviarle á usted una esquila invitándole á la velada artístico-literaria que se celebrará en sus salones la noche del próximo jueves. Habrá *sandwichs*.

— Pero ¿cómo diablos se le ha ocurrido á Requejo el dar una *soirée*? — pregunté cada vez más sorprendido.

— ¡Oh!... hay que distinguir, compañero. Por mi parte juraría que á nuestro digno colega no se le habría ocurrido jamás semejante idea... hay que hacerle esta justicia.

— Entonces...

— Entonces hay que suponer, y no creo equivocarme, que el pensamiento en cuestión ha brotado del fecundísimo cerebro de nuestro respetabilísimo y amadísimo director don Isidoro Tandilla, que tanto se preocupa, como usted sabe, por la prosperidad y el lustre de la familia Requejo. El pensamiento, aceptado por doña Engracia, ha sido estudiado, madurado, desarrollado y elevado á proyecto de ley, previa, por supuesto, aprobación de...

— ¿De Requejo?



(1) Véase el número anterior.

— No; no quería decir eso. Dudo mucho que á Requejo se le haya consultado siquiera.

— ¿De qué aprobación habla usted, pues?

— De la superior eclesiástica. Ya puede usted hacerse cargo de que en una ciudad como Malaguarda, ninguna familia *comm'il faut*, se tomaría la punible libertad de dar una *soirée*, una fiesta místico-profana, sin la autorización del clero parroquial. ¡Pues no faltaría más!...

Y á renglón seguido, con su acostumbrada seriedad burlona, me explicó Linares que el proyecto de don Isidoro había sido en un principio mal acogido por el Padre Perojo, á quien parecía un si no es peligroso sentar precedentes de ese género en una ciudad como Malaguarda, de costumbres austeras, completamente apartada desde tiempo inmemorial de profanos pasatiempos y mundanas diversiones. No había, en efecto, memoria de que en ninguna de las casas, que constituían la burguesía malaguarda, se hubiese celebrado, de treinta años acá, sarao ni cosa por el estilo, y el director espiritual de la morigerada urbe no veía razón alguna para interrumpir el feliz amodorramiento en que vivían sumidas sus ovejas. Recibió, pues, con muy mala cara y moviendo con visibles muestras de descontento la severa testa, la comunicación que le hizo don Isidoro de sus propósitos; y por más que se le aseguraba que no había el menor intento de dar un sarao, sino pura y sencillamente una velada musical y poética, bajo un programa selecto, de matiz marcadamente clásico y religioso, seguía el Padre arrugando el entrecejo y opinando en frases breves, secas, que la idea distaba mucho de gustarle. «No precisamente por encontrar nada de reprehensible en el proyecto en sí, aisladamente considerado, sino porque se introducía un ejemplo, cuyas consecuencias no podía nadie prever. Requejo daba un concierto: bueno; pero ¿no sería muy posible, muy fácil, que otras familias quisieran hacer lo mismo, introduciendo en la vida pacífica de Malaguarda un movimiento peligroso?... Y, una vez iniciado ese movimiento, ¿habría medio hábil de detenerlo, ó siquiera de encauzarlo prudentemente? ¿no llegaría á tomar quizás un carácter muy diferente del que se proponían sus iniciadores?... ¿quién podía asegurar, verbi gracia, que lo que principiaba por concierto no terminase, á la larga, en sarao y en bailoteo?...»

Y como tan injuriosa suposición arrancase vehementes protestas de los labios de don Isidoro, había añadido el Padre Perojo, muy desabrido, que en este mundo todo era posible, que quien mete un pie en el barro mete luego toda la pierna, y hasta todo el cuerpo, que lo que no haría seguramente Requejo podían á la larga hacerlo otros, etcétera, etcétera, etcétera. Finalmente,



había hecho observar el Párroco que aun conservando á ese género de tertulias el carácter más honesto, siempre presentaba un doble inconveniente, á saber: 1.º La reunión en una misma casa de personas de diferente sexo, de lo cual podían surgir quebrantos para la moral pública y gérmenes de maledicencia y de pecado. 2.º El gravísimo é inevitable peligro de alimentar en el corazón femenino sus más genuinos y funestos instintos: la vanidad, la coquetería, la sed de lujo. ¿Resistirían las honradas y hasta ahora modestas matronas de Malaguarda á la tentación de engalanarse y de engalanar á sus hijas?... ¿No serían por ventura la proyectada reunión y las demás que fatalmente le sucedieran un pretexto y un incentivo á gastos ruinosos empleados en frívolos atavíos?... No; decididamente, lo mejor sería que la señora de Requejo se abstuviese de llevar adelante un pensamiento, de cuya realización y de cuyos efectos sucesivos no podía, en suma, esperarse nada bueno.

Y por más que insistiera, entre picado y respetuoso el buen Tandilla, no había sido posible hacer cambiar de opinión al intransigente Perojo. Mas no se dió por vencido el testarudo director, quien volvió á la carga, apoyado esta vez por el mismo alcalde. Don Casto había aprobado las miras del catedrático, más que por propia convicción, para aprovechar la coyuntura que se le presentaba de hacer valer su influencia y contrariar la del cura, que desde algún tiempo le parece va tomando un carácter excesivamente dominador y exclusivo.

— El Padre Perojo — añadió Linares — tuvo que sostener un verdadero combate contra don Casto y don Isidoro, que unidos en alianza ofensiva y defensiva, mostráronse más intratables que su adversario. Hubo éste de ceder al fin, aunque de muy mala gana, muy enfurruñado, y declarando que por su parte se lavaba las manos de cuantos perjuicios materiales y morales pudiesen sobrevenir de «aquella brecha imprudentemente abierta en las tradicionales costumbres de Malaguarda». Y ahí tiene usted como el jueves próximo, es decir, de hoy en ocho días, se abrirán los salones de los señores de Requejo al profesorado de esta noble ciudad y á su distinguida burguesía.

— Pero, dígame usted, compañero — pregunté — ¿qué interés puede tener don Isidoro en que la señora de Requejo dé una *soirée* poético-musical?

— ¡Caramba! el interés que ha de tomarse todo caballero español en satisfacer los deseos de su... de la dama de sus pensamientos. ¿No sabe usted acaso que Tandilla se interesa extraordinariamente, conforme le he dicho á usted cien veces, por cuanto atañe á la familia de su colega?... ¿Y no sabe usted también que no hay nada mejor que esas fiestecitas caseras para exhibir los encantos de una niña casadera? Ahora bien: doña Engracia tiene cinco hijas: ¡cinco, amigo mío!... y como ninguna de ellas encuentra hoy por hoy quien se acerque, quizás por falta de ocasión, don Isidoro y su excelente amiga han ideado lo del concierto, á fin de presentar favorablemente el ganado.

— ¡Jesús!... ¡qué irreverente está usted con el bello sexo!... y no parece sino que les ha cobrado usted tirria á esas pobres chicas...

— ¿Tirria?... nada de eso: me son del todo indiferentes: puede usted creerlo; pero ¿por qué no decir lo que uno siente? Fíjese usted en ellas: tienen un perfil caballudo.

Con este último dardo se despidió Linares, y al salir yo del Instituto me encontré de manos á boca ¡oh casualidad! con doña Engracia flanqueada de sus dos hijas mayores.

— Verdaderamente — me dije — mientras las saludaba, sin pasarme de un respetuoso sombrero — verdaderamente tiene razón mi sarcástico colega; esas chicas tienen algo de acaballado.

JUAN BUSCÓN.

El primer beso

Iba disminuyendo por instantes
el trémulo fulgor de la bujía,
y ocultos en la sombra los amantes
la pasión y el misterio los unía.

—
De sus palabras entre el dulce arrullo
el amor al deber dirigió un ruego:

quiso el deber alzarse con orgullo...
y sintió compasión de un niño ciego.

—
Y al mirarse encendiéronse los ojos,
y al chocar abrazáronse las palmas,
y el pudor al placer prestó sonrojos
y de un beso el calor fundió dos almas.

CARLOS COELLO.

Excmo. Sr. D. Ramón Larroca

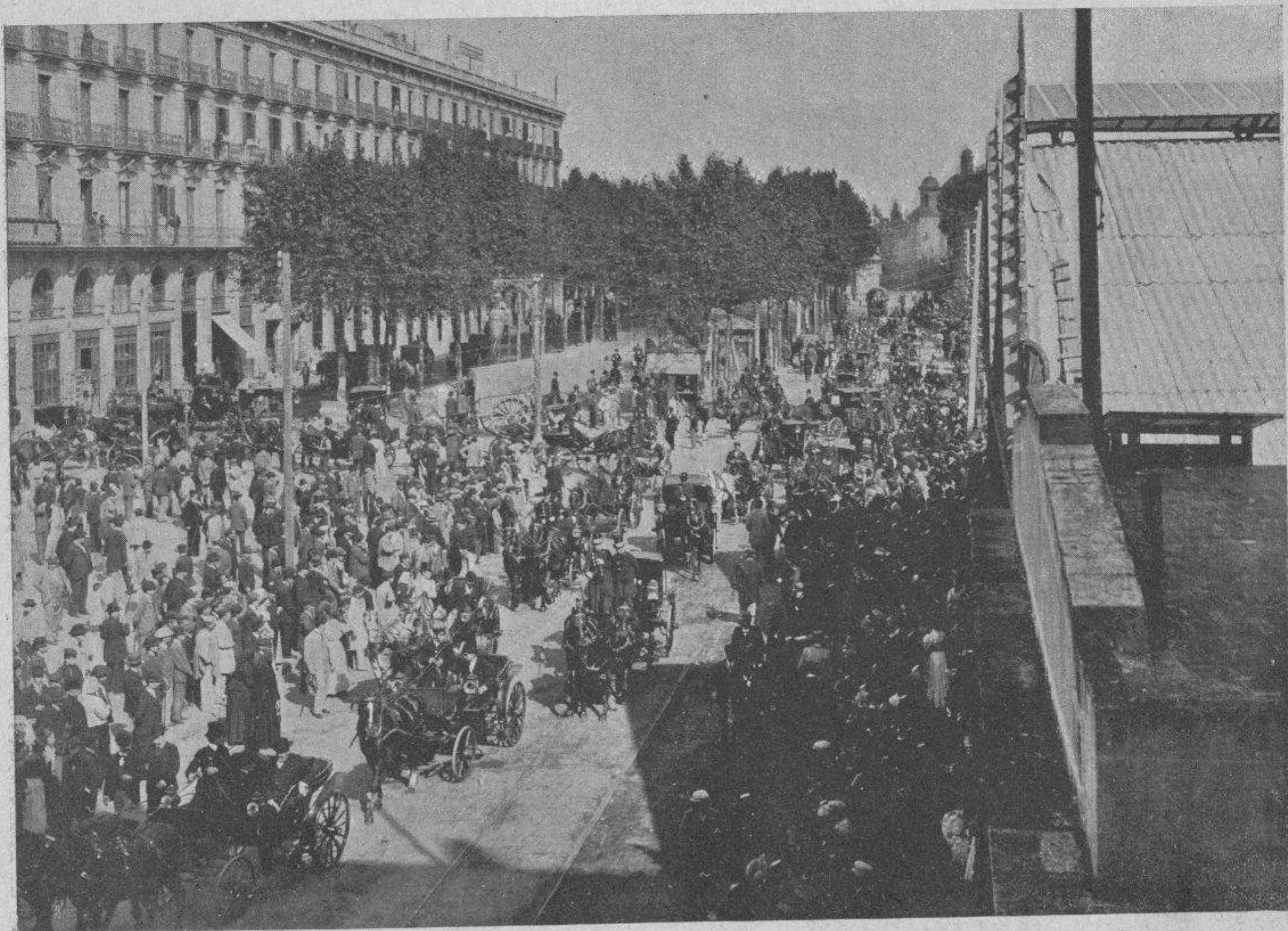
El Excmo. Sr. D. Ramón Larroca, ha vuelto á encargarse del Gobierno civil de nuestra provincia con el beneplácito de todo el mundo; y es que no se ha olvidado aún su inteligente campaña en el período anterior de los liberales, y en época difícil y triste, la época que sucedió al abominable crím en del Liceo. El Sr. Larroca demostró entonces exquisitas cualidades para el desempeño de un cargo en que era preciso desplegar mucho celo, inusitada actividad y no escasa inteligencia.

De esto, de la inteligencia es inútil que se hable; el Gobernador civil ha desempeñado cargos para que no basta el favor político, ora en su noble carrera, ora en otras comisiones delicadas. Pero, además, bien vivo está en la memoria como ayudó á restablecer la calma y el sosiego de los espíritus en aquellas azarosas circunstancias, provocadas por los enemigos de la Sociedad, y contra los cuales y bajo su iniciativa, funcionó una ronda que dió excelentes resultados, conteniendo el empuje de los que pretendían instaurar entre nosotros el terror.

El Sr. Larroca tiene otros títulos honrosos para la estima de sus conciudadanos. Es un amigo de ellos, un verdadero y cariñoso amigo, porque es un amante ferviente, un idólatra de la instrucción pública. La preocupación del hombre es mejorar las condiciones del magisterio, para que no falte á las criaturas humanas el pan de la inteligencia con que el alma se nutre, y por esta inestimable cualidad suya le debemos parias cuantos nos interesamos por el progreso de la raza y por la cultura de nuestros iguales. En este concepto, el Sr. Larroca es uno de los políticos españoles que buscan, por la única vía segura y practicable, el bien y el encumbramiento de su país. Durante su mando anterior trabajó sin descanso hasta ver cubiertas todas las atenciones de la enseñanza, logrando que todos los municipios se pusieran al corriente de sus débitos y no justificara en la provincia de Barcelona la figura del maestro, los epigramas de mal gusto que desgraciadamente han explotado los escritores cómicos.

Y no sólo aquí, sino en las elevadas regiones del Consejo de Instrucción, allí donde ha podido manifestarse su pasión de toda la vida, el Sr. Larroca ha hecho cuanto ha podido en bien de un amo que resulta raramente objeto de atenciones, sin duda porque, ó por vicio hereditario, ó por causas que no es propio de nuestra Revista analizar, no entra como factor importante en los planes económicos de los hombres públicos.

Hemos hablado del Sr. Larroca en la forma que interesa un Gobernador civil al pueblo cuyo mando se le encomienda. Prescindimos, por tanto, de toda consideración política, ni más ni menos que porque no somos políticos. Se nos permitirá sólo añadir, como un dato, que el Sr. Larroca es estimado en su partido, como lo es en todas partes; por su probada consecuencia, por su seriedad. Ha sido el amigo de Sagasta de toda la vida. — F. J. E.



Llegada á la estación de Francia del señor Larroca

Fot. A. Merletti

Menudencias

¿A qué viene ese furor
contra las moscas, señor?
Su inutilidad no es tanta...
¡Mientras uno las espanta
no hace otra cosa peor!

Dicen que una vez distrajo
unos fondos don Miguel.
Yo creo, al contrario, que ellos
le distrajeron á él.

¿Cuál es su gracia, gitana?
dijo un pollo á Salomé,
y le contestó: — Mi gracia...
¡Vaya usted á saber cuál es!

Un afamado pintor,
retratista sin igual,
retrató al mudo Grajal
con muchísimo primor.

Y según van declarando
cuantos la pintura ven,
el retrato está tan bien
que parece que está hablando.

En un momento oportuno
dí á mi novia Paz un beso
y me despidió por tuno.
Yo exclamé: — ¡Si ha sido uno!
Y ella contestó: — Por eso.

RAFAEL MAROTO.



Caluroso recibimiento al nuevo Gobernador

Fot. A. Merletti

Lo de siempre

Me fingistes amor, y yo, insensato,
creyéndote, farsante y fementida,
me juzgué, de los hombres venturosos,
el que en el alma atesoró más dicha.

Tu mentida pasión, llegó á cansarme,
y tú, infeliz, temiendo mi desvío,

trocastes en amor puro y violento
aquel amor que siempre fué fingido.

Me amastes de *verdad*, y yo, insensato,
sin apreciar tesoros de ternura,
al ver que tu cariño era sincero,
sentí en el alma horrible desventura.

C. COSTI Y LASSO DE LA VEGA.



El señor Larroca acompañado de su esposa y de su secretario

Fot. A. Merletti

La cáscara

Subió una mona á un nogal,
y cogiendo una nuez verde
en la cáscara la muerde;
lo que le supo muy mal.

Juan Trabaja, pensador á ratos, rústico digno de afinación, había descubierto de un modo preciso é indudable, con toda suerte de pruebas en apoyo de su aserto, que en este mundo no hay cosa que no tenga cáscara, como los frutos. Y pensando, pensando, á fuerza de descascarar frutos y cosas, vino también en conocimiento de que todas las cáscaras son ó amargas ó duras. Todo ello no era de naturaleza para producir alarma alguna en el cerebro sano de Juan Trabaja. Labriego ilustrado por las lecturas morales de algunos cuentos que le facilitó el maestro de escuela y por las pláticas de un cura más listo que Cardona, pensaba que el esfuerzo que exige romper la cáscara y el amargor que deja en la boca, quedaban de sobra compensados por el sabroso gusto del fruto.

Y una vez en posesión de esas verdades, contando apenas doce años, empezó la vida que había seguido su padre, quien no hizo á su vez sino seguir las huellas de sus ascendientes. Levantado antes que el sol cuando era preciso regar los campos, acostándose después de arreglar las bestias de labor, trabajando cuando el frío entumecía sus dedos y sus pies y la helada brisa hacía saltar lágrimas de sus ojos; trabajando cuando el sol caía á plomo sobre la tierra reseca, que regaba con el sudor de su frente; trabajando de día y de noche, Juan no murmuraba contra lo duro de su destino. Es que durante los primeros años de su vida debía romper la cáscara. Después ya vendrían el regalado gusto y el alimento sano y el reposo que repara las fuerzas. El tenía buenos dientes.

Pasaron años. Un día fueron á su pueblo un sargento y unos soldados y le avisaron que la ley mandaba que les siguiera. Juan Trabaja no se desesperó por ello. La culpa era de sus dientes, que no habían apretado lo suficiente para romper la cáscara recalcitrante. Recordó, además, que los otros mozos del pueblo, casi todos parientes suyos, hijos de la gran familia de los Trabajas, iban como él, ó habían ido á servir á la patria; y despidiéndose de sus padres y de su novia, siguió al sargento y fué soldado.

Ardía la guerra en campos y ciudades. Bien ó mal instruído, en quince días Juan vistió el uniforme, empuñó el fusil y marchó á campaña. Un mediodía topó su fuerza con la enemiga. Un comandante joven, muy guapo, muy simpático, dió orden de que avanzaran Juan y sus compañeros, en tanto que él se colocaba algo distante de la acción para dirigirla de un modo cabal.

Juan pensó que aquella cáscara era la más amarga que había roído; pero ya no había remedio. Silvaban las balas junto á sus oídos; tronchaban ramas, se estrellaban contra las rocas, levantaban leve polvareda al hundirse en la blanda tierra, y de cuando en cuando sonaban con ruido mate cerca de él. Entonces caía un hombre, un compañero. Pero el empuje de Juan Trabaja era irresistible. Sus camaradas le siguieron, y cuando las bayonetas tocaban casi los cuerpos de los adversarios, toda la línea de éstos cedió. ¡Era la huída, la huída indetenible! La victoria para los so dados. Cuando hubo terminado la acción, Juan advirtió que su brazo izquierdo sangraba.

El jefe de la fuerza fué ascendido, y á Juan Trabaja le dieron una cruz pensionada con siete pesetas y media cada mes.

Después de mil penalidades volvió Juan al pueblo, y allí tuvo la agradable sorpresa de saber que su novia se había casado con un mozo rico, quien, por dinero, se libró del servicio de las armas.

Los campos y las viñas le aguardaban, y la labor de descascarar el fruto imaginario que nunca llegaba, continuó á más y mejor.

Pasaron años y más años. Cuando Juan tenía algún ahorriillo, un pedrisco destruía la cosecha. Cuando no debía un céntimo á nadie, el Estado, en forma de recaudador de contribuciones, le exigía una cuota extraordinaria. Y la cáscara no acababa de romperse nunca, ó cuando había ya mondado un fruto, alguien se lo arrebatava de las manos y se lo comía bonitamente.

Juan Trabaja, pensador á ratos, rústico afinado, exponía así, al fin de su vida, las ideas que había sacado en limpio durante el curso de su existencia:

— Todas las cosas tienen su cáscara, y hay hombres destinados á quitarla sin catar jamás su contenido, y otros á comerse el fruto sin esfuerzo alguno. Era un gran hombre Juan Trabaja.

A. RIERA.

DES PACHO DEL GOBIERNO CIVIL



Á la hora de la firma

Fot. A. Merletti

El doctor Burpitt

Un día del verano último, cuando mi amigo Adalberto Gomphe iba á salir de su casa encaminándose al Juzgado, su ayuda de cámara le presentó una tarjeta en que se leía :

LE DOCTEUR BURPITT

— ¿Burpitt? No le conozco. ¿Quién diablos será?

Preguntándose esto, se fijó en que más abajo, sobre la cartulina, habían escrito con lápiz :

De parte de M. Bourgognot

Bourgognot era el amigo íntimo de Adalberto Gomphe.

— Que entre, pues, — dijo.

El doctor pasó.

Viéndole el Juez, no pudo disimular un movimiento de sorpresa. El doctor, en efecto, presentaba la extraña anomalía de ser un negro, un hermoso tipo negro, con ojos de hombre blanco, pero de blanco lo más septentrional que darse pueda; ojos azules muy pálidos, muy fríos, muy claros. La sorpresa de M. Gomphe aumentó cuando, excusándose el intruso por la hora intempestiva, añadió sonriendo :

— Sí, es claro. Mis ojos le extrañan á usted. ¿No es así, señor? Con razón pensaba que le sorprenderían. A decir verdad no he venido aquí sino para que los mirase usted bien, á fin de que no pudiera nunca olvidarlos.

Decididamente era un loco. La sonrisa lo indicaba, y las frases aun más que la sonrisa.

Había hablado dulcemente, con aquella voz infantil, ceceante, particular de los negros, que aplastan las *erres* sobre la lengua con húmeda dulzura...

Pero seguramente la mirada, la muy pálida, muy fría y muy clara mirada de los ojos azules no era de loco, no expresaba amenaza ni ironía, ni instintos de ferocidad implacable. Aquello no fué sino un relámpago, pero de tal brillo, que era imposible olvidar nunca la impresión.

Y se comprenderá

E. VAN DEN BUSSCHE



En tiempo del terror



Actrices del Teatro Romea



Actores del Teatro Romea



La conversión de San Huberto

desde luego que yo sintiese un leve escalofrío cuando mi amigo Adalberto Gomphe me hizo el honor de contarme esta historia.

— He visto — me decía — muchas miradas de asesino. En ninguna, sin embargo, como en ésta, he sondeado tal profundidad de espíritu criminoso, de imprudente seguridad en el crimen.

M. Gomphe creyó estar alucinado. El doctor continuó sonriente, con un acento pueril:

— Usted, señor, no comprenderá nada de lo que he dicho. Mañana recibirá una carta con la explicación de todo. Pero era necesario que usted me viese; que se fijara usted bien, fijamente, en mis ojos, que son yo, mi único y verdadero yo.

Después de lo cual, saludando con suma discreción, el doctor se retiró dejando al Juez absorto y sumido en horribles dudas.

— No es posible, no. ¡ Se trata de un loco !

Sin embargo... La feroz expresión, la profundidad criminal de la mirada, ¿provenirían del singular contraste entre la faz tenebrosa y los ojos blancos?

Pero no, no, pensó después de haber reflexionado algunos instantes. No soy juguete de ninguna alucinación. No hay aquí ningún fenómeno de óptica. Este hombre es un malvado, y falté á todos mis deberes no deteniéndolo, aun á riesgo de mi vida.

Salió precipitadamente á la escalera.

Era tarde, porque el doctor había desaparecido.

Adalberto Gomphe corrió á casa de Bourgognot, pero éste no conocía al doctor negro, y á instancia del Juez, que dió las señas de su persona y habló de los ojos extraordinarios, Bourgognot se echó á reír, y dijo:

— Has tenido que habértelas seguramente con un mixtificador. Los ojos que tú me describes son ojos de blanco, sin duda posible. El individuo debía estar tiznado.

Reuniendo datos, Adalberto Gomphe reconoció que el doctor no tenía de negro más que el color, la cabeza y la barba en vellón, la locución fácilmente contrahecha; pero de ninguna manera el tipo, ni aun el aire ondulado característico de la raza. Acaso no era sino un mal farsante. El Juez se consoló con esta idea, que hería un poco su dignidad de hombre grave, pero que acallaba sus escrúpulos de Magistrado.

Al día siguiente recibió la carta prometida. Estaba escrita, así como la dirección, con palabras impresas recortadas de periódicos.

« Señor, decía la carta, el doctor Burpitt no existe; pero el hombre cuyos ojos ha visto usted, sí, y por ellos le reconocerá. Ha cometido dos crímenes. No tiene remordi-

mientos. Solamente que, como es psicólogo, teme ceder algún día á la impèriosa tentación de confesar sus crímenes. Poë ha escrito acerca de esto obras maestras, llenas de verdad. Y bien, ya no tiene remedio. Posee usted mi secreto, porque el día que reconozca mis ojos tratará usted de investigar por qué soy culpable y cómo lo fuí; y lo descubrirá usted, siendo maestro en su profesión. Felicítese de haber tenido el honor de que le haya escogido para llevar el peso de este secreto, confiado á los dos, quiero decir, á nosotros dos *solos*. Le desafío, después de todo, á declararlo en público, á denunciarme, puesto que ahora he encontrado medios de hacer mi confesión y sin peligro».

Un mes más tarde, en una *soirée*, Adalberto Gomphe encontraba á M. X***, y al primer golpe de vista, sin duda, reconoció en él los extraordinarios ojos azules. Aquel hombre permaneció tan impassible, que el Juez se creyó decididamente a ucinado. Luego, inquiriendo la vida de M. X***, supo lo siguiente, que desvaneció sus dudas: tres años antes, M. X*** era un pobre estudiante de Medicina, brillante alumno que se había hecho notable por curiosos trabajos microbiológicos. Una viuda muy rica se había enamorado de él y se casaron. Ella tenía de su primer matrimonio un hijo. Pues uno tras otro, en seis meses, el hijo, y luego la madre, habían muerto de fiebre tifoidea, y M. X*** había heredado, en debida forma, un fortunón.

Para el Juez no quedaba duda posible. M. X*** había envenenado á sus dos víctimas con microbios de fiebre tifoidea, sabiamente cultivados, de manera que hiciesen invencible la afección aún á los cuidados de la cura más admirable.

—¿Crees eso tú?— pregunté á Adalberto Gomphe.

—¿Por qué no, amigo mío? ¡Y lo peor es que el malvado ha tenido razón, desafiándome á que confesara mi descubrimiento! ¿De qué modo obligarle á declarar?

Después, suspirando fuertemente, repuso:

—¡Ah, la justicia de otro tiempo era buena!

Y como le interrogase con mi mirada, Adalberto Gomphe añadió lleno de firme y profunda convicción:

—Sí, querido amigo. ¡El tormento!

J. RICHEPIN.



Un día me diste un beso
y un caramelo después.
¡Vaya un caramelo amargo
el caramelito aquel!

—
De lunares tienes, niña,
dos vestidos diferentes.
¡Ay, si fueran esos solos
los lunares que tú tienes!

F. A. CÁMARA.

F. VINCA



La hora del artista

La barca vieja

Arrojada en los escarpes
De la costa en que halló abrigo,
Inválida del naufragio,
Veterana del peligro,
La vieja barca se pudre
Sobre los ásperos Quijos,
Crugiendo al viento que azota
Sus tablones carcomidos.

Al ascender la marea,
El mar, su señor antiguo,
En los brazos de sus olas
La levanta convulsivo,
Y entre impetuosas caricias,
Le habla, rugiente y magnífico,

De combates y aventuras,
De escollos y torbellinos.

Declina el sol de la tarde,
Se aspira el ósculo tibio;
Sus penetrantes aromas
Confunden brea y marisco;
Delante está lo insondable,
Más allá, está lo infinito;
Más allá, más allá el mundo
Poblado por el delirio.

Columpiada en la vertiente,
Sin velas, jarcias ni rizos,
Aun siente la vieja barca
La tentación del abismo.

EMILIO FERRARI

P. THUMAN

Epigramas

Fué á un comercio conocido
hace tiempo un caballero,
y en débito bien crecido
se obligó con el tendero.

A éste han dicho por ahí
de aquél, que se encuentra loco...
que no da *cuenta* de sí...
ni de las *cuentas* tampoco.

Un antiguo militar
retirado, se acercó
á cierta chica que vió
en una calle al pasar.

Ella, sintiéndole al lado:
— *Retírese usted*, gritaba,
y entonces él replicaba:
— Pero si estoy *retirado*.

Cierto pariente lejano,
que á Filipinas ha ido,
por cablegrama ha pedido
de una muchacha la mano.

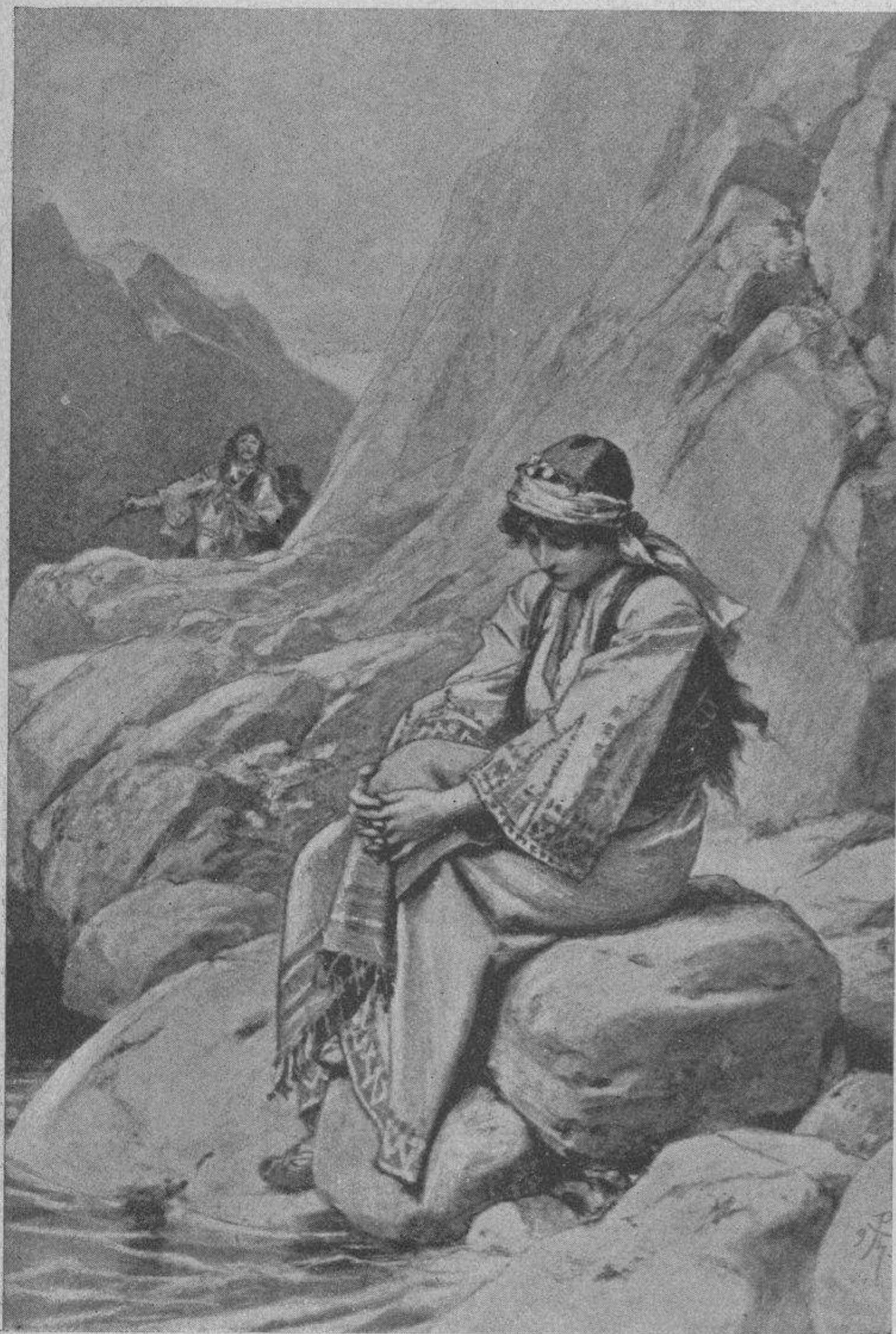
Y aunque se quiere casar,
como tan lejos reside,
si el chico *la mano* pide,
¿cómo se la van á *dar*?

Cierta noche que nevaba
conquistó á Luna una tuna,
y del café en que se hallaba,
aun cuando nublado estaba,
ella se marchó con *Luna*.

En anónimos leídos
por el juez, se denunciaba
que en cierto billar, se estaban
jugando á los prohibidos,

El juez fué, y al intentar
prender á los calaveras,
sólo halló *cuatro troneras*
en la mesa del billar.

JOSÉ M.^a SOLÍS Y MONTORO



¿Por qué no me quiere el ingrato?

H. VOGLER



Entre palomas

Excmo. Sr. D. Miguel Manjón



Era D. Miguel Manjón uno de los hombres á quienes sin lisonja se les puede apellidar ilustres; uno de los patricios que han consagrado su vida á la gran obra nacional, cuyos materiales aportó el pueblo durante el inolvidable período de lucha por la independencia. Quiere esto decir que el marino Manjón alcanzó una de las épocas más turbulentas y agitadas de nuestra historia política y que no llegó á la principalía de los honores militares y civiles por la fácil senda de otros egregios, sino en fuerza de apreturas que á él le sirvieron para probar su acrisolada devoción á la patria.

Los méritos que tiene anotados en su carrera son muchos, y es su historial uno de los más limpios y notables; pueden resumirse en estas palabras: fué el vicealmirante Manjón un marino y un patriota; y ampliando el concepto, cabe añadir: fué un marino *de mar*. Es decir, de los que no alcanzaron grados ni distinciones en tierra, brujuleando en los ministerios, en los centros diplomáticos y políticos.

Acababa apenas de ser arrojado de nuestro suelo el invasor francés, cuando prestó su juramento de fidelidad. Contaba á la sazón catorce años y empezó su servicio como guardia marina de segunda; seis años después era alférez de navío y tardó treinta y dos en subir al generalato, y veintiuno más en alcanzar el vicealmirantazgo. Desde 1838 á 1891 ¡qué de trastornos, qué de cambios políticos, qué de agitaciones y luchas! Por todas ha pasado D. Miguel Manjón, siempre en su puesto, abnegado, diligente y activo: luchando cuando la guerra reclamaba el esfuerzo de su brazo; prestando en la paz al país sus poderosas iniciativas. Estuvo en Cuba durante la campaña anterior; estuvo en Veracruz cuando el general Miramón sujetó la plaza á duro bloqueo; fué á la Guaira á defender á los súbditos españoles, y se batió, en fin, contra los insurrectos cubanos, impidiendo con una columna no numerosa, á sus órdenes, que Mayari cayese en poder del enemigo.

Conocía el mar, vaya si lo conocía, el Excmo. Sr. Manjón; quizás no había marino de guerra que se le igualara en conocimiento de travesías duras y penosas, hechas á bordo de 52 barcos, muchos de ellos gobernados por él, desde una lancha cañonera hasta la división naval del Norte y este de la Isla; había ocupado altos cargos y puestos de confianza, entre ellos la Comandancia de Marina de Barcelona, y la jefatura de los departamentos de Cartagena y del Ferrol; del apostadero de la Habana y de Vocal en el Supremo de Guerra y Marina. Era grande su erudición en los conocimientos legislativos, materia que dominaba profundamente y figuraba en primera línea como burócrata.

La personalidad de D. Miguel Manjón era relevante; estaba adornado de notables cualidades el hombre. Caballeroso, hidalgo, indulgente, recto y severo, y amante de la disciplina en el grado que, haciendo de ella una religión, no excluye el trato y don de gentes. De su altivez española y de su energía dan prueba los términos de la reclamación hecha á Venezuela, á cuya República exigió responsabilidades por la muerte de varios españoles, ¡y ojalá viéramos su actitud imitada siempre!

¡Y su modestia! Era tan grande como sus méritos y como su alma. Pudo figurar por sus aptitudes en primera línea, pudo ser ministro y no lo quiso ser. Ha muerto entre nosotros, en Barcelona, rodeado de su familia, descansando de sus penalidades, pero querido, recordado siempre con cariño y veneración. La patria le debe homenaje y agradecimiento eterno.

José SELMA ORTIZ.

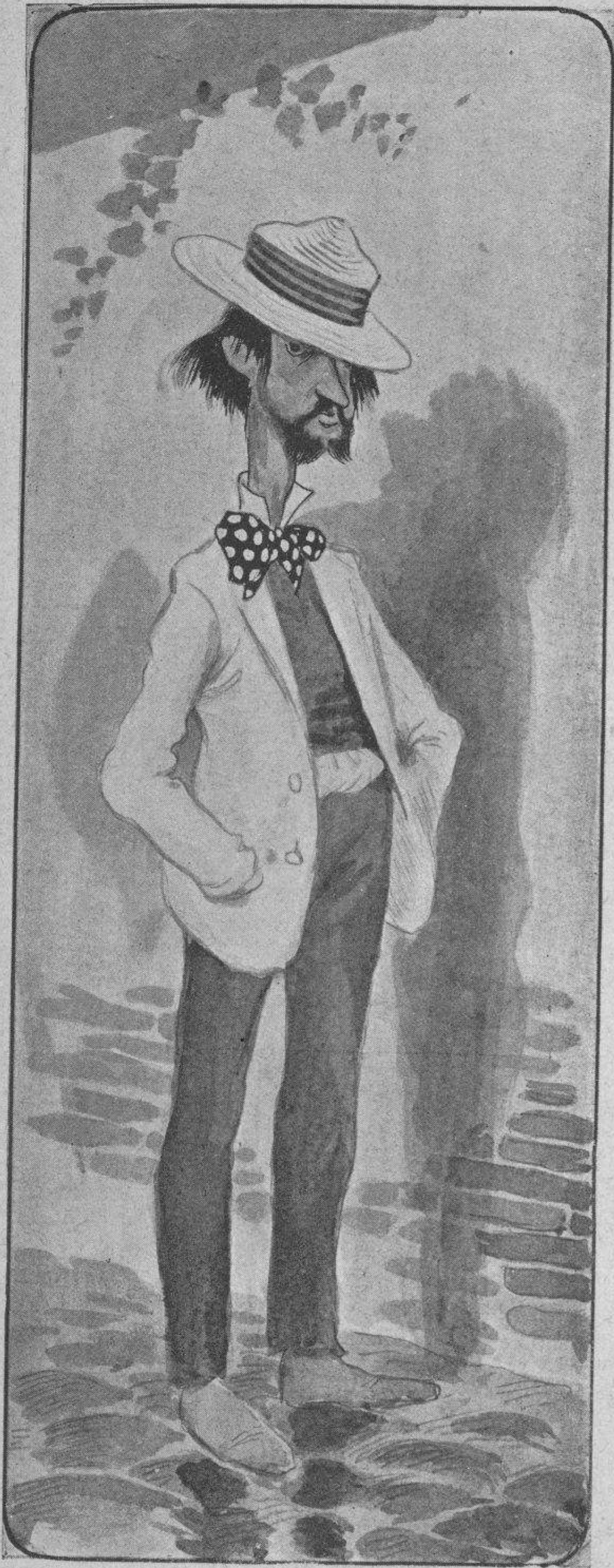
Eva

I

Pasar la noche entre malezas y quebrajas nos parecía á todos poco divertido; uno propuso que caminásemos con fe, no solamente porque la fe salva, pero porque al amanecer nos hallaríamos en poblado; replicóle otro que las matas del camino le herían en



El herrero



¡Bonito me coge el invierno!

— Por mi padre enfermo y por mi hermano casi idiota, que están ahí en un coche. Pues, señor, que en cuanto los nuevos personajes se presentaron, Eva dió un grito y con pasmo de todos, el idiota se le abalanzó y la abrazó dando muestras de salvaje alborozo. He aquí en dos palabras la explicación del misterio :

la carne, y el de más allá suspiró melancólicamente: — « ¡ Si á lo menos hubiese luna ! »

— Se me ocurre una idea, — exclamó un joven alocado. — Con nuestros chaquets podríamos formar una tienda de campaña; juncos hay de sobra.

— Fuera menester que cada chaquet nos cobijase á uno de nosotros, — replicó un tercero. — Además, corre demasiado fresco para quedarnos en mangas de camisa.

Verdaderamente, nos encontrábamos á considerable altura sobre el nivel del mar y hacía frío... ¡ en Agosto ! Aquel alto en medio de la naturaleza salvaje y desolada acababa de aterirnos, y si he de ser franco, al intentar la excursión, nuestra juventud irreflexiva no nos dejó tiempo á pensar ni en que nos sorprendiese allí la noche, ni en que el mes que tuesta á nuestros campesinos del Sur, nos helase á nosotros el alma. El único que permanecía silencioso, fumando indiferentemente su pipa, era Luís Felipe, un atleta robusto, guapo mozo de ojos grandes, inteligentes y entristecidos.

— Será preciso caminar, — objetó alguien.

Se le replicó: « No hay aquí un geógrafo que nos diga si hemos llegado al fin del mundo. »

Luís Felipe señaló matemáticamente la altura, y el más loco saltó alegremente cantándonos « O paradisso... » Después poniéndose grave: — Ahí, á la falda de ese monte hay un valle, y en el valle una casa, y en la casa una mujer... que es como si dijéramos una historia.

— Qué la cuente y en marcha.

Luís Felipe encendió de nuevo su pipa, y á la luz del fósforo noté que estaba densamente pálido. Creí que era efecto de la brisa húmeda y sutil. Me acerqué á él y le dije :

— En mi cantimplora aun queda un sorbo de aguardiente.

— Gracias, — contestóme con sequedad.

II

No tuvimos que correr mucho; una legua corta y la hospitalaria casa se nos ofreció á la vista.

El joven que nos había entretenido con su historia, volvió á cantar con toda la fuerza de sus pulmones: « O paradisso... »

Vivían, efectivamente, en él una Eva y un Adán. Erase Eva garrida y rubia. Contábasela prometida á un su primo en matrimonio, y parece que se amaban, y que era él hombre en quien se reunían todas las virtudes para una doncella apetecibles. Había terminado por entonces su carrera de marino y una noche se presentó luciendo el vistoso uniforme de oficial.

Pero aquí fué Troya. Eva declaró que aunque le quería, jamás consentiría en darle su mano; estando en lo trágico de la escena presentóse en la casa una joven pidiendo hospitalidad.



¡Adiós, verano!

Le cogí cariñosamente del brazo y le incité á que se explayase; él barbotó casi entre sollozos:

— ¡Eva es mi prima!

Eva era muy aficionada á corretear por la campiña y frecuentemente sola; un día se extravió y anduvo y anduvo por lugares desiertos y agrestes. Asaltóla de pronto el idiota, un espantajo horriblemente feo, velludo, de rostro horrible, de mirada repulsiva, de desgarrada é irregular figura. Parecía una fiera y gruñía como tal. Eva quedó muda de espanto, pero luego se rehizo, y su alma grande mostróse en las caricias que prodigó al mónstruo. Reía él estúpidamente sentado en el regazo de aquella mujer y respondía con sonidos inarticulados á sus preguntas. Pero en un momento, cuando más piedad y dulzura había en el corazón de Eva, y sin que pudiese recelar del ataque, el bruto la sujetó con fuerzas de titán en sus brazos, y la hizo instintivamente suya... Eva perdió el conocimiento y lo recobró en su propia casa, porque unos campesinos que la conocían halláronla en tal estado, aunque sin señales de violencia, y la transportaron en sus cabalgaduras. Ignorante del terreno, no supo por entonces de donde había salido aquel mónstruo que ella imaginaba salvaje, y ocultó cuidadosamente su desgracia. Pero la noche en que se presentó la forastera ya fué diferente: reveló á su padre la verdad y declaró que se sentía con vocación para dedicarse al cuidado de aquel montaraz toda la vida. Y como el mónstruo no era realmente idiota, no hubo obstáculos insuperables que vencer y á poco quedaban indisolublemente unidos. Del primo no volvió á saberse, sino que había abandonado su carrera.

III

Salimos al día siguiente de aquella casa admirando el sacrificio de Eva; Adán había ido degenerando en su idiotez y á nosotros nos parecía enteramente salvaje y físicamente monstruoso sobre toda ponderación; cuanto á Eva, convinimos en que para tiempos feudales habría hecho una encantadora castellana.

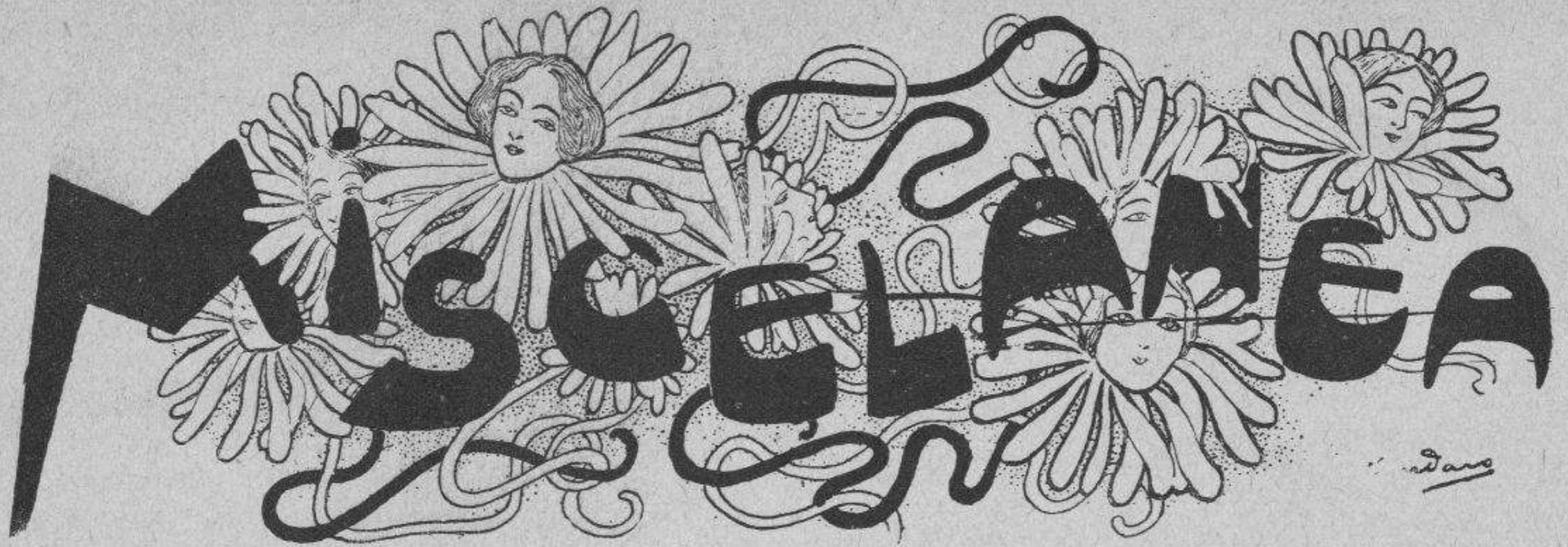
Al partir echamos de menos á Luís Felipe; nadie había extrañado no verle al entrar en la casa, porque pronto fuímos alojados en habitaciones diferentes. Más abajo se incorporó á nosotros y la desaparición quedó en ser asunto de pulias pueriles. Pero yo observé su demacración más marcada que la víspera, y ví que se reflejaba el insomnio en su semblante. Equivocado aún y creyéndole víctima del frío, dígele de nuevo:

— Le repito que aun queda aguardiente... está usted muy pálido.

Como si no pudiera más con su angustia, Luís Felipe replicó en voz baja, pero con acento que no olvidaré nunca:

— ¡El frío!... Lo siento en el alma.

J. F. LUJÁN.



Libros recibidos. — El señor Primo de Rivera, administrador principal de los Correos de Barcelona, publica todos los meses una *Guía* del servicio diario, que contiene interesantes datos referentes al Ramo, y que es de utilidad práctica para el comercio, para los industriales, para la prensa y para el público todo.

Hemos recibido el correspondiente á este mes, y damos las más expresivas gracias por la atención.



Aun hay ilusiones y amor en el mundo.

Y mujeres que no pierden el compás con los años.

Dígalo una dama de Caldas de Santiso, que acaba de maridar á los setenta con un jovencuelo.

Aquí el angel de candor resulta él. Comprendo las escenas tiernas y románticas que se desarrollarían durante el noviazgo.

Por supuesto, la dote está á la altura de las circunstancias. Ella ha ofrecido con su blanca mano ochenta mil duros.

El galán debió esperarse diez años más.

Y cuenta redonda. Podría valorar en mil duros cada verde primavera de la señora gentil de sus pensamientos.



En un salón de baile.

— Pido á usted perdón, caballero, por haberme subido involuntariamente encima de su pie.

— Soy yo, por lo contrario, señorita, quien debe pedir cien perdones por tener pies.



De Estrañi:

Cerca de Ciudad Real
varios amigos de humor
han tenido un festival
superior.

Con ocurrencia graciosa,
que á la verdad no me explico,
se han merendado una hermosa
pierna asada de borrico.

Será feliz la ocurrencia,
pero, amargando sus vidas,
¿no les grita la conciencia:
fratricidas?



Juanita, que tiene cuatro años, oye llorar á su hermanito, criatura de cinco meses.

— Mamá, por Dios, — exclama la niña — haz callar á ese rorro... ¡No hay nada tan insoponible como los chiquillos!



CHARADA

*Prima dos compra mi tía
y tres cuatro mucho más;
y en cambio su hermana todo
compra siempre á la mitad.*



Solución á la del número anterior: ADELA

Correspondencia

A. M. — Barcelona. — Bueno, no diga V. que soy exigente:
El tranvía me arrolló,
luego al punto me pisó,
mas me miraron tus ojos
y curaron mis enojos.

Dígame ahora si no es de justicia que yo corte por lo sano y no siga eso que usted llama romance, y que acabará en madrigal digno de Cetrini, si le dejo.

Además se ofendería el Bachiller Sansón Carrasco, á quien se le crisan los nervios cuando oye hablar de pisadas de tranvías, y pudiera usted tener un disgusto.

Lope. — Barcelona. — ¿Qué quiere usted? No creo yo que sirvan para maldita la cosa esos cantares.

A. F. G. — Madrid. — ¡Y pensar que ha pasado usted tres noches en vela para eso! Sea usted más cauto en lo sucesivo, y si quiere usted seguir mi consejo, cuando se sienta acometido de un rapto de inspiración... tome opio ó adormideras.

Pedro. — Zamora. — No, no, jamás será usted poeta.

J. M. D. — Valencia. — ¡Si quisiera usted corregir unas asonancias horribles de la segunda quintilla! Porque me gusta. Pero también es preciso que tenga usted más gusto. Los consonantes están reñidos con los asonantes, tanto por lo menos como Romero Robledo y Silvela.

T. V., C. D. S. y L. M. — Barcelona. — No puede ser. —
A. O. R., Juvenal. — Madrid. — Aplíquense el cuento.
Y hasta la semana que viene.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona